

Callejón Berman

Primero, los hechos:

Me llamo Louis Charles Lynch. Tengo sesenta años y casi cuarenta de esos años he sido un marido cariñoso, aunque no tremendamente interesante, de la misma mujer encantadora, además de un padre cumplidor con Owen, nuestro hijo, que ya es adulto y está casado. Él y su mujer no tienen hijos y, por desgracia, es probable que sigan así. Al comienzo de mi matrimonio pareció que seríamos bendecidos con una hija, pero un accidente de coche cuando mi mujer estaba en el cuarto mes de embarazo le produjo un aborto. Eso pasó hace mucho tiempo, pero Sarah todavía piensa en la niña, y lo mismo yo.

Puede que lo más notable de mi vida sea que la he pasado toda en el mismo pueblo pequeño del norte del estado de Nueva York, algo inaudito estos tiempos. Los padres de mi mujer se trasladaron aquí cuando ella era niña, conque tiene pocos recuerdos anteriores a Thomaston, y su situación no es muy distinta de la mía. Hay gente que, al saber cómo hemos vivido, no puede ocultar el desagrado que le producimos porque nuestra vida haya sido tan limitada, como si una experiencia tan geográficamente limitada no pudiera ser ni intensa ni satisfactoria. Cuando les aseguro que ha sido las dos cosas, sus sonrisas sugieren que hemos tenido la suerte de poder engañarnos como compensación por todo lo que nos hemos perdido. Yo les recuerdo a esas personas que hasta hace bastante poco la inmensa mayoría de los seres humanos han estado limitados del mismo modo y que las vidas también pueden estar delimitadas por otras muchas cosas: necesidad, enfermedad, ignorancia, soledad y falta de fe, por nombrar sólo unas cuantas. Pero probablemente sea cierto que mi mujer habría viajado más si se hubiera casado con otro, y que mi falta de ganas por convertirme en vagabundo sea uno de los motivos por los que he sido, como dije, un compañero poco interesante, aunque leal y firme.

Ella ha oído todos mis argumentos, filosóficos y los demás, para ser sedentario; cree que son poco más que mi inclinación natural, una inercia racionalizada. Puede que tenga razón. Dicho eso, yo no creo que Sarah haya sido desgraciada en nuestro matrimonio. Me quiere a mí y a nuestro hijo y, creo, le gusta nuestra vida. Me aseguré eso no hace mucho, cuando pareció que lo podríamos perder y, muerto de preocupación, le pregunté si lamentaba la vida agradable y sencilla que habíamos llevado.

Aunque nuestro paso, nunca muy apresurado, recientemente se haya hecho más lento, me gusta pensar que el motivo auténtico por el que no hemos visto más mundo es que el propio Thomaston siempre nos ha proporcionado experiencias y exigido cosas. Aparte de la tienda de barrio que heredamos de mis padres, ahora somos dueños y nos ocupamos de dos pequeños autoservicios más. Mi hijo se refiere irónicamente a esos negocios como «el imperio Lynch», y aunque ocuparse de ellos no es agobiante, exigen atención y tiempo. Cada uno es como un perrillo que se niega a ser obediente y le molesta que le dejen solo. Además del tiempo que me exigen, también participo en gran cantidad de comités, tantos, en realidad, que con los años me han puesto un apodo, Señor Alcalde; un homenaje a mi conciencia ciudadana que contiene, soy plenamente consciente, un elemento de amable burla. Sarah cree que la gente se aprovecha de mi buen carácter, mi disposición a escucharles a todos con atención aunque esté claro que no tienen nada que contar. Le preocupa que a veces por la noche regrese tarde a casa y entonces no me encuentre del mejor de los humores, resultado natural del hecho de que los recursos que nos repartimos se vuelvan más pequeños cada año, aunque las necesidades de nuestra comunidad continúen creciendo anualmente como está mandado. Las discusiones de todos los años sobre cómo emplear nuestros recursos cada vez más escasos y en disminución se vuelven menos civilizadas, menos respetuosas, y mi mujer cree que ha llegado la hora de que gente más joven arrime el hombro y comparta las responsabilidades; eso sin contar la mala educación de los empleados. En principio estoy totalmente de acuerdo, aunque en la práctica nada más dimitir de un comité me convencen para que forme parte de otro. Y eso por no hablar de Sarah, participando como ha participado, hasta su reciente enfermedad, en tantos consejos y comités de desarrollo.

En cualquier caso, los ritmos firmemente establecidos de nuestra vida adulta pronto se verán interrumpidos del modo más violento, pues a pesar de mi inclinación al sedentarismo, mi mujer y yo vamos a viajar pronto. No me queda más que un mes para preparar ese cambio crucial y adaptarme mentalmente a la pérdida de mis preciosas rutinas —mis rondas, las llamo yo— que me llevan casi a diario a todas las partes del pueblo. Demasiado poco tiempo, mantengo, para un hombre tan apegado a sus costumbres, pero me he mostrado de acuerdo en todo. Ya me han sacado la foto para el pasaporte, he llenado mi solicitud en la estafeta de correos y mandado todos los documentos necesarios al Departamento de Estado, siempre bajo la mirada vigilante de mi mujer y de mi hijo, que parecen creer que mi aversión de toda la vida a viajar podría hacerme sabotear nuestros planes. Owen, en concreto, mantiene esa visión tan poco agradable de su padre, como si después de todo lo que ha pasado, yo le negara algo a su madre.

—Ten cuidado con él, mamá —advierte, entrecerrando los ojos al mirarme con lo que espero que sea una desconfianza simulada—. Ya sabes cómo es.

Italia. Iremos a Italia. A Roma, después a Florencia, y finalmente a Venecia.

En cuanto me mostré de acuerdo, nos abandonamos a un mar de guías de viaje que mi mujer estudia como una loca.

—*Aqua alta* —dijo ayer por la noche después de que al fin apagó la luz, con una voz cercana e íntima en la oscuridad. Buscó mi mano y me la apretó debajo de la ropa de cama—. En Venecia hay una cosa que se llama *aqua alta*. Agua alta.

—¿Cuánto de alta? —pregunté yo.

—Inunda las *calles*.

—¿Qué es una *calle*?

—Si hubieras leído algo, sabrías que en Venecia a las calles las llaman *calles*.

—¿A cuántos nos hace falta saber eso? —pregunté—. Tú vas a ir, ¿no? No voy a ir solo, ¿o sí?

—Cuando el *aqua alta* es intensa, toda San Marcos queda bajo el agua.

—¿La iglesia entera? —dije—. ¿Cómo es de alta?

Ella suspiró sonoramente.

—San Marcos no es una iglesia. Es una plaza. La plaza de San Marcos. ¿Necesitas que te explique lo que es una plaza?

En realidad, sabía que las *calles* eran calles y, la verdad, tampoco necesitaba que me explicaran lo del *aqua alta*. Pero mi ignorancia militante con respecto a todas las cosas italianas se ha convertido rápidamente en una broma entre nosotros, de la que los dos disfrutamos.

—Puede que necesitemos botas —sugirió mi mujer.

—Tenemos botas.

—Botas de agua. Botas para el *aqua alta*. Tocaban una sirena.

—Si uno no tiene las botas adecuadas, ¿tocan una sirena? Ella me dio una patadita por debajo de las sábanas.

—Para avisarte. De que se acerca el agua alta. Para que te pongas las botas.

—¿Y quién vive así?

—Los venecianos.

—A lo mejor me quedo dentro del coche y espero a que se retire el agua.

Otro puntapié.

—No hay coches.

—Bien. No hay coches.

—¿Lou?

—No hay coches —repetí—. Ya lo tengo. *Calles* donde debería haber calles. Nada de coches en las *calles*, sin embargo, ni uno.

—No hemos recibido respuesta de Bobby.

Nuestro viejo amigo. Nuestro tercer mosquetero del último curso del instituto. Hacía mucho que se había ido, mucho. Ella no tenía que decirme que no nos había respondido.

—A lo mejor se ha mudado. A lo mejor ya no vive en Venecia.

—A lo mejor prefiere no vernos.

—¿Por qué? ¿Por qué no querría vernos?

En la oscuridad percibí que mi mujer se encogía de hombros, y noté que nuestras ganas de bromas se habían esfumado.

—¿Cómo va tu historia?

—Bien —le dije—. Ya he nacido. Un enfoque cronológico es mejor, ¿no crees?

—Creía que estabas escribiendo una historia de Thomaston —dijo ella.

—Sale Thomaston en ella, pero también salgo yo.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó, volviendo a agarrarme de la mano.

—Todavía no sales. Todavía soy sólo un recién nacido. Tú aún estás en el sur del Estado. Nunca te había visto, nunca había pensado en ti.

—Podrías decir una mentira. Podrías decir que yo era vecina tuya. Así siempre estaríamos juntos —ya volvía a bromear.

—Pensaré en eso —dije—. Pero el problema son los vecinos que vivían de verdad. Tendré que echarlos.

—No me apetece que hagas una cosa así.

—Tengo tentaciones de mentir, no creas —admití.

—¿Sobre qué? —Sarah bostezó, y me di cuenta de que estaba dormida y roncando pacíficamente dentro de un minuto o dos.

—Sobre todo.

—¿Lou?

—Qué.

—Prométeme que no te obsesionarás con eso.

Es cierto. Tengo tendencia a la obsesión.

—No me obsesionaré —le prometí.

Pero yo no soy el único motivo por el que mi mujer está en guardia contra la obsesión. Su padre, que enseñó literatura en el instituto, pasaba los veranos escribiendo una novela que terminó por llegar a tener más de mil páginas a sólo un espacio y su final todavía no estaba a la vista. A mí me atraen las narraciones más cortas. Últimamente, las necrológicas. Mi mujer se inquieta porque las lea con el café de por la mañana, porque vaya directo a esa sección del periódico, pero cumplir los sesenta años lleva a eso, ¿o no? La muerte no es una obsesión, sólo una realidad. El mes pasado leí sobre la muerte —en otro accidente de coche más— de un hombre cuya vida se había entrecruzado con la mía desde que éramos chicos. La introduje en el sobre que contenía la carta de mi mujer en la que anunciaba nuestro próximo viaje a nuestro viejo amigo Bobby, que le recordará bien. Las necrológicas, creo, en realidad hablan menos sobre la muerte que las formas extrañas que adquiere la vida, las pautas que nos dejan ver la muerte. A los sesenta años, esas pautas son importantes.

—Estoy pensando que cincuenta páginas bastarían. Cien, como mucho. Y le he encontrado título: *La historia más aburrida jamás contada*.

Cuando Sarah no contestó a eso, le eché una ojeada y vi que su respiración se había vuelto regular, que tenía los ojos cerrados, los párpados se le agitaban.

Es posible, desde luego, que Bobby prefiriera no vernos, a nosotros, sus más antiguos amigos. No todo el mundo, me recuerda Sarah, valora el pasado tanto como yo. Estar detenido en él, quiere decir sin duda ella. Adorarlo. Inquietarse por él. Referirse a él en una conversación sin que venga demasiado a cuento. Si hubiera llegado a acabar la carrera en la universidad, como mi madre quiso desesperadamente que hiciera, habría sido historiador, lo que habría proporcionado justificación de sobra para esa inclinación a volver la vista atrás. Pero Bobby —que dejó nuestro pueblo, Estado y nación a los dieciocho años— puede que sienta pocos deseos de recorrer el sendero del recuerdo. Después de vivir tanto tiempo en Europa, perfectamente podría haber olvidado a aquellos de quienes huyó. Puedo bromear sobre que la mía va a ser «la historia más aburrida jamás contada», pero para un hombre como Bobby es probable que no se encuentre demasiado lejos de la verdad. Podría revisar mi correspondencia con él, aunque creo que sé lo que voy a encontrar: educados acuses de recibo de lo que le hubiera mandado, noticias de que alguien a quien de chavales conocimos los dos se había casado, o divorciado, o le habían detenido, o se había muerto. Pero poco más que acuses de recibo. Sus respuestas a mis cartas chismosas no contenían ninguna solicitud de más información, ni ¿has vuelto a saber algo más de tal y tal? Con todo, confío en que Bobby se alegrará de vernos, y que mi mujer y yo todavía le importemos.

¿Por qué no admitirlo? Últimamente, he pensado mucho en él.